

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

LAS LENGUAS DE MAÑANA (4)

UNA VOZ INDUSTRIAL

POR otro lado, las lenguas tienden a «industrializarse». Quiero decir que, poco a poco —o poco a mucho—, van quedando poderosamente condicionadas por el mecanismo industrial, en cuanto a producción, distribución y consumo. Se trata, claro está, de la industria de la cultura.

No importa ahora qué juicio nos merezca lo que, en este contexto, hayamos de llamar «cultura». Hemos de llamar «cultura» a lo que no es «natura», por supuesto, y valga el viejo juego de las simetrías. O sea: todas las instancias lingüísticas artificiales. Hasta ayer, tales instancias eran pocas: el libro, sus correlatos, y pare usted de contar. Habitualmente, todavía damos el nombre de «cultura» y a ser posible con mayúscula, a esa parcela restringida de nuestra actividad verbal. La cultura «de veras» es la de las Universidades, la de los literatos, la de las monografías, y, de rechazo, la de la instrucción primaria obligatoria. Pero hoy nos encontramos con otros, vastos, inmensos territorios idiomáticos igualmente artificializados, o más artificializados si cabe. El papel impreso ha conseguido una fluencia torrencial, así en cantidad como en velocidad; el radio, con o sin transistores, nos acompaña veinticuatro horas por día, a poco que nos descuidemos; el cine y la televisión introducen nuevas especies de relación «intelectual» para —no «entre»— las gentes, cada vez más expansivas. Y todo eso, que no es «natura», ¿cómo podríamos designarlo, sino con el término «cultura»? Para evitar confusiones, le colgamos el apellido: «de masas». En definitiva, quienes suelen especular y dictaminar sobre la «cultura» son las personas arquetípicamente «cultas», y a ellas no les agrada que se borren las fronteras: una cosa es la Cultura mayúsculizada, y otra, lo demás. Lo demás, pues, es la «cultura de masas», pasto cotidiano de las multitudes, sin excluir, por cierto, las insignes y delicadas «minorías selectas».

Esta cultura segundona, banal, descalificada, constituye el objeto de una verdadera operación «industrial», más o menos saneada por lo que se refiere a su rendimiento económico, pero imposible de imaginar fuera de una concepción del mercado idéntica a la que rige la fabricación de ropa interior, neveras eléctricas, antibióticos o sopas en polvo soluble. También el libro, el libro primitivo, el salido de imprenta —el manuscrito pertenece a la «natura», o casi—, era ya un conato «industrial»: sus primeros promotores fueron unos mercaderes perfectamente profesionales, provistos de un «ánimo de lucro» como un templo, que venían a «hacer negocio», pura y simplemente. Entre los individuos que financiaron los incunables

y los consejos de administración de las cadenas de radiotelevisión americanas sólo existe una diferencia «de grado»: el propósito, ganar céntimos, era el mismo. La pretensión de ganarlos incide sobre algo que, nosotros, para entendernos, llamamos «cultura». Sin embargo, las distancias también son claras. El libro anterior a la «revolución del libro» —por decirlo como Escarpit y aludir a las colecciones «de bolsillo», era una mercancía de lujo, o por lo menos, de alcance muy limitado. Y continúa siéndolo, a pesar de la susodicha «revolución». Mientras que el «magazine», el tebeo o el fotorroce, y la radio de pilas, y el televisor, por su número y expansión, se sitúan en otro nivel. Tanto para obtener beneficios «como para influir sobre la ciudadanía».

Respecto a los beneficios, la cosa no resulta muy difícil de entender: el planteamiento ha de ser, y es, «industrial». E «industrial» exactamente, en el sentido de estandarizado, con todo lo que ello implica. En cuanto a la influencia, tampoco será necesario añadir nada: el consumo «masivo», fijado por los módulos rentables —por los más rentables—, se traduce en una impregnación total de la sociedad. Actualmente, nadie puede eludir esa influencia. En todo caso, así ocurre en las esferas no demasiado subdesarrolladas. Un mapa socio-geográfico de «Bonanza», de «El Santo» o de «Mannix», por ejemplo, nos instruiría mucho acerca de ello. Y estos seriales televisivos «made in Otan» nos llevarían al fondo de su cuestión, al soporte pecuniario de la astucia: marcas de detergentes, de fibras sintéticas, de bebidas estimulantes, de máquinas para el confort hogareño. ¿La lengua, las lenguas?

Las lenguas, tal como nosotros las hemos heredado, las usamos y las valoramos, son pequeños fenómenos «nacionales»: locales. En realidad, dialectos. La Cultura con mayúscula las salva de la dispersión y de la ruina, pero todavía las conserva en su vigor «natural». La otra cultura, la «de masas», las reduce a esqueleto. En el tebeo, en la revista ilustrada, en la chachara de los locutores, en los diálogos de televisión, no caben los matices, las contundencias, la puntualidad expresiva. No hacen falta, ni queda sitio para ellos. La función del idioma se debilita hasta un mínimo angustioso. En realidad, deriva hacia la escualidez de una «koiné» elemental, y se trasmuta en un esperanto de uso interno. Al «industrializarse», las lenguas se simplifican. Pasan a ser «lenguas básicas» para sus propios hablantes. El «inglés básico», el «alemán básico», el «lo-que-sea básico», fueron, en un principio, arduos admirables para conseguir un leve dominio de

idiomas ajenos: tres docenas de verbos y cuatrocientas palabras de léxico, o menos, bastan para redactar una carta comercial, hacerse entender durante un viaje y hójear el periódico. Pero mañana las muchedumbres verán reducido a «básico» su vernáculo, por frondoso que sea. Esa parodia de idioma que es el idioma industrializado se convertirá en instrumento único y exclusivo de «interlocución».

Dentro de cada casa, ya ahora, tenemos una voz que permanentemente nos habla así. Los aparatos de radio y de televisión forman parte de la tertulia familiar, y la suplen con frecuencia; los bocadillos de las historietas gráficas para niños y grandullones, o para mujeres sentimentales, son de compra regular en todas partes; los semanarios femeninos y masculinos, con mucha foto y texto parco, nutren nuestros ojos en los últimos ratos libres. Digo «en cada casa», pero conviene agregar en «cada bar», en «cada taller», «en la vía pública». La gente menuda aprende la lengua en estas fuentes, y los adultos, sin querer, o queriendo, se avienen a ellas. Si hubiese una manera científica de medirlo, comprobaríamos que el «encogimiento» de los idiomas es progresivo: creciente su pérdida de vocabulario, galopante la indigencia sintáctica, abrumadora su propensión al fraseo tópico. Sólo el vacilante reducto de la Cultura empingorotada conserva el orgullo o la pasión de las «viejas» lenguas. Lo cual —¡ay!— ya comienza a ser «mandarinismo», nos guste o no.

Y que den gracias a Dios las lenguas cuya suerte les permite aprovechar los instrumentos de la industrialización cultural. Su degradación será, al fin y al cabo, la garantía —o el precio— de su pervivencia. Los Etiebles más suspicaces quizá nos adviertan que no habrá tal «pervivencia», y que serán sólo «cadáveres insepultos». Pero las que no lleguen a tanto serán, a la larga, polvo ceniza nada, más de dos y más de cien se hallan en ese peligro. Son idiomas que, debido a razones políticas o históricas especiales en cada caso, se ven desposeídas de la oportunidad industrializadora. Su porvenir no puede ser más negro. Tal vez, en este mismo momento, puedan disponer de una bella Cultura, incluso con una mayúscula más gorda que lo normal; pero habrá mucho de «estertor» en esa grandeza. Los núcleos fieles y cultos se verán abocados al «mandarinismo», y en un grado increíble; el pueblo, por su parte, será sumido por la lengua competitiva y en mejores condiciones competitivas. O el televisor o la mudéz: «that is the question».

Y el televisor es, insisto, la «lengua básica».

Joan FUSTER

ANTIGUOS Y MODERNOS

LECTURAS RECIPROCAS

SENTIMOS como una necesidad de leer lo que escribimos, sobre todo durante los primeros años de la andanza literaria, cuando empezamos a ver, de puntillas, ilusionadamente, por una rendija, que el milagro va realizándose; el milagro de las palabras nombrando cálidas las cosas, diciéndolas no del todo como son, de una especial manera, difícil de definir, resultado de su navegación por ese laberinto de espejos que existe en los adentros de cada cual; que nos arrebatan como alondras a las iluminadas simas de las más insospechadas concordancias, al difícil reino de los adjetivos, dueños de la situación en el «nener». En los primeros tiempos —quien diga lo contrario, miente—, ante los primeros resultados, las palabras cogidas de la mano, como colegialas, portadoras de la primera garba, no de pensamientos todavía sino de retazos deformados de nuestra breve biografía, sentimos una alegría inmensa, a nada comparable en su pureza, desahida de cualquier lastre de los que contienen las pocas dables en este peregrinar nuestro; y, en seguida, una necesidad de comunicación, de participación, mezcla de varios impulsos, aparte el de compartir el gozo sentido, pues necesitamos salir del área de la intimidad en busca de confirmación para el pequeño acontecimiento espiritual; necesitamos de la sanción de ajenos oídos, alejados del hecho en sí, por lo tanto sin nuestra comprometida, devota parcialidad. En el caso, sabíamos muy bien de la extensa nómina de seres a quienes no podíamos acudir con nuestras cuitas y nuestras esperanzas, algunos, según ley, con títulos civiles comportadores del soportar nuestros primeros delirios, mal vistos en plaza, pues para el aspirante se suelen preferir sueldos y prebendas obtenidos con horarios laborales, que si enojosos, aseguradores, en cambio, de pequeñas ataraxias económicas, sin prisas a fin de mes ni vergonzantes frecuentaciones del silencioso confesionario del Monte de Piedad; sabíamos de sonrisas extranjeras y piadosas palmadas en el hombro. Por eso recurriamos —¿no es así?— a quienes, alcanzados por la misma fiebre, podían escuchar nuestro poema, a lo mejor escrito en hora inhábil, nacido en momento de dubitativa soledad, en la que el único consuelo sería la objetivación mediante, una y otra vez, la lectura en voz alta, con maternal cuidado para con la idea y preocupada observancia de las pausas, las naturales o las gobernadas por los pedales de la puntuación.

Y leíamos nuestras cosas y escuchábamos las ajenas; y nacía el bromeo del: «Jo te leo, tú me lees», ley de tallón establecida y aceptada de buen grado; preferíamos siempre leer en voz alta nosotros mismos —no nos gustaban los fieles auditores que optaban por la lectura «per se»; pasábamos por el sistema si no había otro remedio, y esperábamos, en todos los casos, las palabras bienhechoras de la glosa; con ellas seguíamos adelante, siempre en el huerto cerrado del anonimato, siempre con la fe en un lejano día de audiencia de mayor ámbito. Preferíamos leer nuestros iniciales engendros por convencimiento de que, en la lectura, el padre de la criatura puede arrancarla al texto vibraciones que al más consumado lector pueden pasarle inadvertidas; y, con perdón para mis misericordiosos oyentes de antaño, entre los que se cuentan, por mi ventura, nombres de pro, la cosa es así, de todas todas: cuando lee quien parió la cosa, nacen, surgen escondidas claridades; la voz de la autenticidad viática al receptor con extrañas posibilidades de penetrar en el área de un puro entendimiento, incluso de lo que por lógica no puede sino quedarse en la deleitosa antesala de las emanaciones o del suave, hondísimo valor de las palabras como fungibles fonemas, llenos de una emoción que nada tiene que ver con la piel; ejemplos prodigiosos, al respecto, los hay a montones en el terreno de la difícil cifra de lo poético, aún por los fértiles abismos de lo sobrerreal: la lectura por el propio Vicente Aleixandre de su poesía obtiene insospechadas claridades, administra una humana lógica transitoria, huidiza, pero suficiente para mientras dura el regalo de la lectura; nunca olvidaré la espiritual adhesión que nacía en mí, siendo un imberbe espectador, para con los versos lorquianos de «Poeta en Nueva York», cristalización de su más, en apariencia, inasequible vertiente poética que, con el transcurso de los años, unos y otros han llegado a la conclusión de ser la más vigorosa y válida, salvos todos los valores de su quehacer neopopular y su entrada de caballo siciliano en el teatro español de anteguerra; mi adhesión nacía por causa de haberle oído recitar, a su llegada de América del Norte, los poemas de «Poeta en Nueva York», en «Conferencia Club», logrando, no recuerdo cómo, una invitación para la lectura, aderezado con el terno oscuro de las solemnidades, quien esto firma; cobraban eficacia las más oscuras zonas de aquellos versos; con las que el intelecto tiene la causa perdida; se aclaraban, con la voz, los enigmas que las palabras, en apariencia, se empeñan en mantener; se abrían de par en par las ventanas de la otra realidad, que, ya proclamada, había de sernos más asequible en adelante; a la que volvemos como a una antigua luz olvidada, a una verdad sin encerrado ni demostración, pero apta para el goce poético que tantos se pierden por falta de fe.

Recordamos con emoción de reino perdido los frágiles tiempos del «Jo te leo, tú me lees», que solía terminar, muchas veces, cuando las despedidas, por la madrugada azul, paseando la acera, leyendo por fin, a la luz de la farola, el poema, aún en mantillas, recién hecho, puro garabato, que no mostramos por pudor en el entrañable cenáculo. La costumbre creo que perdure, y practicarán el rito quienes puedan; a nosotros no nos es posible por falta de tiempo, por el duro banco de los horarios a que vivimos sometidos, a las muchas teclas que hay que pisar en estos difíciles tiempos; pero ganas no nos faltan; sentimos, como entonces, el deseo de leerle a alguien, en voz alta, lo que acabamos de escribir, y esperamos siempre el benevolente dictamen; incluso cuando, en un café cualquiera, terminamos una crónica, se la leeríamos encantados al desconocido de más cerca... pero no lo hacemos, palabra, porque estamos seguros de que no sería bien visto.

La cosa es antigua de verdad; y nos lo atestiguan unas palabras del latino Marcial, el número uno de la poesía epigramática universal, el nacido en Calatayud, cuando éramos provincia del Imperio Romano, extraordinario pintor de costumbres, como ustedes saben, perteneciente a la llamada «Edad de Plata» (14-117, después de Jesucristo), edad literaria decadente que sigue a la áurea época de Augusto (la de los Virgillios, los Horacios, los Ovidios, los Tibulos y demás palabras mayores); decadente, «de plata», un poco por la mala suerte histórica de seguir a los gigantes nombres del período precedente, un poco por razones derivadas de un poder despótico cercenador del quehacer literario, y las opiniones que comporta; y otro poco por el énfasis retórico que campea en el período, al decir de los entendidos; no obstante los nombres de la etapa (Fedro, los cordobeses Lucio Anneo Séneca y Lucano, Juvenal, Petronio, el «elegantiae arbiter», Quintiliano, etcétera) no son mancos, como digamos; lo que quiero decir es que por entonces el «Jo te leo, tú me lees» está a la orden del día, con más una profusión de lecturas literarias, certámenes poéticos y oratorios, Vámos al texto de Marcial, cazado al vuelo: una invitación a un amigo; invitación a cenar en su casa; Marcial es muy aficionado a la cosa culinaria, y son frecuentes sus referencias al yantar, algunas con verdadero valor de recetas de la época; en el texto que calendamos, como tentación, específica, a su invitado los pormenores de la cena: «... empezaremos por la lechuga emoliente y laxante, y por filetes de puerro; después, vendrá el atún con la cordilla (atún recién nacido) mayor que la anchoa, acompañados con huesos y hoja de ruda...».

Sigue la enumeración por copiosos caminos de otros huevos cocidos en la ceniza, pescados, mariscos, aves de corral y pájaros de pantano; pero después de las sabias tentaciones para el paladar, el poeta garantiza, para que no haya lugar a dudas: «Os prometo más, no os leeré nada».

Y es que, bromas y seriedades aparte, hay veces en que a los postes de una divertida comida, alguien, silenciosamente, se saca del bolsillo de la americana unas cuartillas, y sin comerlo ni beberlo, sin previo aviso, nos lee unos textos, y nos pide, a boca de jarro, que emitamos nuestro juicio; la situación suele resultar inoperante y comprometida, porque, a veces, diciéndolo lo que se piensa, se ofende sin querer, se comete un delito de lesa sueño. En estos casos hay que recordar que uno fue cocinero antes que fraile.

José CRUSET

EL HOTEL OLID MELIA

comunica que el día 11 de diciembre abrirá sus instalaciones al público, en tanto que la inauguración oficial tendrá lugar en el próximo mes de enero

¡IMPORTANTE! Ahora, 13 MESES!

Todos los dietarios Myrga para 1970 incluyen el mes de enero de 1971.
Recuérdelo: Este año, en todos los dietarios Myrga hay un mes de regalo!

